



SE PUBLICA

UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO, UN REAL
al recibir el número.

AÑO I.

COLABORADORES.

CASTELLAR, BÀRCIA, GRENSE, M^e Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARRETT, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, PRUDENNA, ALTADILL, ZAPATA, TREMERA, ESTEBANZ, SOLER, NIERCADO, LOZANO, SASTRE, ANER, VALDES, FLORES, LAPUENTE, INGUET, SIERRA, COLI, PINEDO, ALMIRALL, RUBAU, LOSTAU, CLAYE, RISPÀ, CARRION, ETC.

DIRECTOR,

Enrique Rodriguez Solis.

MADRID 9 DE JULIO DE 1871.

EDITORES

J. CASTRO Y COMPANIA.

ADMINISTRACION:

Plaza de la Cebada, 11, Madrid.

NÚM. 4.º

SUMARIO.

TEXTO.—Las comunidades religiosas, por F. Pi y Margall.—Las sociedades cooperativas y sus progresos, por Fernando Garrido.—Lo que yo quiero, por Antonio Ruiz Carrion.—Sublevacion de los campesinos en Francia: 1789, por R. Cala.—La salvacion del pueblo, ó la república democrática federal (continuacion), por F. Córdova y Lopez.—Exposicion de *El Fomento de las Artes*, por X.—Visitas domiciliarias.—Miscelánea agrícola, por Nazario de Joss.—Los pontones franceses.—Fusilamiento de una pobre madre.—La cantinera republicana (novela).—Revista de la semana, por E. Rodriguez Solis.

GRABADOS.—Visitas domiciliarias.—Pontones franceses.—Exposicion de *El Fomento de las Artes*.—Fusilamiento de una pobre madre.

LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS.

Consideramos ocioso examinar la historia de esta institucion. Si las comunidades religiosas han sido en unos tiempos focos de ciencia y de virtud, tambien en otros, centros de inmoralidad y de ignorancia. Testigos los que, escandalizados por su relajacion, debieron acometer en distintos siglos la empresa de reformarlas haciendo frente á una oposicion vigorosa y arrojando no pocas veces el odio y la calumnia.

Como pudieron parecer buenas en una época por la caridad y el saber de los individuos que las constituian, pudieron parecer malas en otra por la estupidéz y los vicios de sus indignos sucesores. No en el terreno de la historia, sino en el de la lógica, habríamos de juzgar la institucion, á creer necesario este juicio. Mas ¿qué nos ha de importar á nosotros investigar si fué en sí prove-

chosa ó nociva, conforme ó contraria al espíritu del Evangelio, acomodada ó no á su propio objeto, cuando nos basta saber para la solucion del problema que fué hija de la espontaneidad social y de la libertad del individuo? Donde quiera que ha habido creencias, se han organizado más ó ménos tarde comunidades de esta clase: hecho á nuestros ojos suficiente para considerarlas tan legítimas como las religiones á que debieron su origen.

Ardientes partidarios de la libertad absoluta, hombres que hemos defendido siempre con calor la asociacion, y hoy más que nunca la presentamos como la esperanza de las clases jornaleras, bando político resuelto á ser víctima de sus principios antes que falsearlos, lo decimos en alta voz, y no nos pesa el compromiso, no solo no nos opondríamos mañana que triunfásemos al establecimiento de todo género de comunidades; les garantizaríamos la existencia y la seguridad bajo las mismas leyes que garantizarían las de las asociaciones civiles.

Con tal que no violen la libertad ajena, tiene cada ciudadano, es indisputable, derecho de escoger el género de vida que más convenga á sus ideas y á su carácter; ni autorizacion habria de pedir nadie para asociarse como quisiese, bien bajo el sistema de un profano, bien bajo la regla de un santo.

¿Es acaso el Estado árbitro de la conciencia de nadie? ¿Puede acaso el Estado impedir la realizacion de las necesidades que sienta esa conciencia?

El Estado lo que puede y debe hacer es dejarlas abandonadas todas á su suerte, cerrarles sus arcas, destinadas tan solo á la satisfacci6n de los intereses generales; legislar lo que crea oportuno para impedir que lastimen esos mismos intereses. ¿Conviene, por ejemplo, que la propiedad no esté amortizada y se considera que lo ha de estar mientras conserven la facultad de adquirir las manos muertas? Por una ley que abrace, no simplemente á las comunidades religiosas, sino á todas las corporaciones que no tengan un objeto transitorio, les ha de prohibir terminantemente la facultad de adquirir bienes inmuebles.

La tierra, segun los autores de casi todas las escuelas, ha sido primitivamente y por un derecho inconcuso el patrimonio de las antiguas nacionalidades; hoy por hoy está bajo el *dominium eminens* de los diversos Estados que las representan: nada como su propiedad es tan esencialmente legible.

Disposiciones generales sobre este derecho, disposiciones generales sobre el de testar bastarian para que no fuesen las comunidades religiosas ni las civiles un elemento de perturbacion económica.

¿Nos dirán tal vez los absolutistas que haríamos así irrealizable el objeto de las instituciones monásticas? El trabajo no está reñido con la oracion ni con la penitencia. La vida activa no excluye la contemplativa. En la obra hecha con conciencia, cabe tambien elevarse á Dios y honrarle. Si algunas comunidades se hallaban incompatibles con las leyes que llevamos dichas, culpa seria, no del legislador, sino de las vicisitudes de los tiempos.

La tarea social es hoy muy grande; justo y necesario es que concurramos todos á cumplirla para que no sucumban los que la llevan hoy sobre sus hombros.

¿Nos dirán tal vez los liberales que detendríamos así el crecimiento progresivo de la poblacion, favoreceríamos la holganza y fortificaríamos preocupaciones que van desapareciendo? No está en manos del Estado impedir el celibato: el celibato no es un crimen.

No se favorece la holganza empleando ni proponiendo medios indirectos para condenar á las comunidades á vivir de su trabajo. No se desarraiga una preocupacion coartando las manifestaciones de la libertad, sino haciéndolas todas posibles. La libertad religiosa está destinada á destruir otras preocupaciones más hondas que las que pueden nacer del establecimiento de las comunidades.

Adviértase, empero, bien: estamos por el libre establecimiento, no por la restauracion de las corporaciones religiosas. Las corporaciones religiosas han sido y son hijas de un odioso privilegio. Han surgido del seno de la libertad, pero vivido por una gracia especial de los gobiernos, gracia que no han podido obtener otras sociedades tanto ó más necesarias. En nombre de la libertad cabria admitir mañana á las que apareciesen de nuevo en el teatro de la vida, no respetar la existencia de las que son ó han sido. La obra de la revolucion ha sido consagrada por la ley: la obra de la revolucion, siempre justa, es hoy legítima.

Claman siempre los absolutistas por la libertad de la Iglesia. ¿Por qué no han de clamar igualmente por la libertad del Estado, de la provincia, del municipio, de la familia, del individuo? Nosotros queremos tambien

la libertad de la Iglesia, pero no como un principio, sino como la consecuencia de nuestro sistema.

Hoy la Iglesia no está libre, no solo porque el gobierno se entromete en si han de existir ó no las comunidades religiosas, sino porque no tiene bien garantizada la enseñanza, ni puede elegir por sí á sus prelados, ni hacer oír la voz de su Pontífice, sino mediante la voluntad del poder ejecutivo. ¿Estarian los absolutistas dispuestos como nosotros á romperle de una plumada todas estas trabas? La historia no nos lo permite esperar de un partido tradicionalista que apenas se atreve á dar un paso fuera del círculo, que le trazaron sus mayores.

Los racionalistas, los impíos, habremos de enseñar todavia el catolicismo á los que por antonomasia quieren ser llamados los católicos. Solo dentro del principio de la libertad tienen solucion las grandes cuestiones que al catolicismo se refieren.

PI Y MARGALL.

LAS SOCIEDADES COOPERATIVAS

Y SUS PROGRESOS.

I.

La calificación de *cooperativas*, dada á ciertas categorías de asociaciones formadas por los trabajadores en nuestros dias, procede del *Sistema Cooperativo* del célebre comunista Roberto Owen, y cuyo sentido, segun él, era el de cooperar todos al mismo fin. Discipulos y adeptos de su escuela fueron los fundadores de las primeras y principales sociedades cooperativas en Inglaterra; y el mismo Owen en 1830 fundó en Londres un Banco de crédito popular sobre la base del cambio directo de productos, imitacion del *Comptoir Communal* de Fourier.

Claro es que la *cooperacion* es aplicable á todos los propósitos humanos ó cuya realizacion pueda concurrir más de un individuo; pero las clases trabajadoras, imbuidas en las ideas de los socialistas modernos, han aplicado la *cooperacion* principalmente á la formacion de sociedades de consumo primero y de produccion despues. Estas sociedades no bajan ya de mil en Inglaterra; sus socios se cuentan por millones, y sus capitales y negocios por muchos miles de millones; y rápidamente se han extendido despues, vistos los buenos resultados generalmente obtenidos, á las naciones más adelantadas del continente europeo, á la América del Norte, al Africa y á la Australia, en las que existen ya muchos miles de ellas.

El mecanismo de las sociedades cooperativas de consumo es muy sencillo, aunque su buen resultado no sea tan fácil de obtener como á primera vista parece.

A pesar de que casi siempre son trabajadores los que han formado estas sociedades, porque son los que más han sentido necesidad de formarlas, pueden y deben fundarse por todas las clases de la sociedad.

Hé aquí su mecanismo.

Cierto número de cabezas de familia se ponen de acuerdo para formar una sociedad cuyo objeto sea invertir el capital que reunan entre todos en establecer uno ó más almacenes de comestibles y de otros objetos

de consumo doméstico cotidiano, como carbon, jabón, etc.: nombrando al efecto una comisión directora y otra de vigilancia. Cada tres meses ó cada seis hacen un balance, dan al capital el interés establecido, que suele ser el 5 ó el 6 por 100 al año, ó ninguno, pues también los hay que no reparten interés al capital, y el resto de los beneficios lo reparten entre los socios á prorata de los que cada uno ha comprado en el almacén social durante los tres ó seis meses del ejercicio.

Teniendo en cuenta que el término medio del aumento de precio de todos los productos, desde el que tienen al salir del taller de la producción hasta el momento en que se consumen, es de 33 por 100, y que las operaciones de compra y venta, especialmente en los objetos de consumo diario, se reproducen con mucha frecuencia, resulta que con un capital relativamente pequeño empleado en la compra y venta de estos objetos, se hacen multitud de operaciones al cabo del año, gracias á lo cual los tenderos, con un capital generalmente exiguo, pueden vivir, prosperar y con frecuencia realizar fortunas importantes.

La ventaja, pues, del sistema cooperativo se demuestra matemáticamente, y los resultados obtenidos durante una larga serie de experiencias y de años han confirmado las demostraciones teóricas, así como su aclimatación en todos los países le dan el carácter de una gran evolución económica general, cuyas consecuencias no podrán menos de ser para la sociedad de mucha más trascendencia de la que á primera vista presenta al que la observa superficialmente.

Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran movimiento económico de las clases trabajadoras, es en efecto tan importante, está tan en relación con el movimiento político de las sociedades modernas, que no es posible dejar de apreciarlo en su aspecto político.

Para toda persona sensata y pensadora, la miseria de las clases trabajadoras, lo mismo que su ignorancia, son tan incompatibles con el progreso social, con la libertad y con el afianzamiento de las instituciones democráticas que puede decirse que la libertad civil y política efectivas en todas las naciones están en relación directa del grado de educación y de bienestar de la generalidad de los ciudadanos; por lo tanto, es evidente que todo lo que tiende á mejorar la condición económica del mayor número, y á desarrollar sus facultades intelectuales, es garantía de libertad al mismo tiempo que de orden; y como una de las cosas que más contribuyen al desenvolvimiento intelectual, lo mismo que á la mejora material de las clases trabajadoras, es la práctica del principio de asociación, en la que se ponen de relieve los caracteres, las virtudes, las cualidades individuales, la capacidad administrativa de los asociados, puede decirse, sin temor de incurrir en una paradoja, que el afianzamiento de las instituciones democráticas y el progreso, en todas sus esferas, no pueden menos de estar en relación con el establecimiento de las asociaciones obreras, con su generalización y sus felices resultados.

Entre los efectos más importantes de las sociedades cooperativas de consumo, debe figurar en primera línea el de la moralidad industrial y comercial, que es una de sus consecuencias. Sabido es que la organización actual de la industria y del comercio engendran entre otros miles de males las falsificaciones de los productos; el enga-

ño del comprador elevado á sistema, con gran detrimento no solo de los intereses, sino de la salud de los consumidores. Las adulteraciones de toda clase de productos y de géneros han llegado á ser ya cosa tan corriente, que apenas se repara en ellas. Todo se falsifica, empezando por el pan nuestro de cada día, y ha sido necesario escribir voluminosos diccionarios de falsificaciones. Pues bien, las sociedades cooperativas de consumo son más eficaces para remediar estos delitos, á que deben los industriales y comerciantes delincuentes tan pingües fortunas, que todos los artículos del código penal, y que los castigos impuestos á los falsificadores por los tribunales. Y la cosa es fácil de comprender; desde el momento en que se convierten los mismos consumidores, que son los primeros interesados en que no sean falsificados los objetos que consumen, en vendedores de estos objetos, es evidente que no pueden tener interés en engañarse á sí propios.

A este propósito no podemos menos de citar aquí lo ocurrido en Rochdale, recién fundada hace ya muchos años la fábrica de harina de la sociedad cooperativa. Como la harina que fabricaban los cooperadores no saliera tan blanca como la que compraban en el mercado las mujeres de los socios, se negaban á comprarla creyéndola de inferior calidad, siendo necesario convocar una asamblea general de accionistas de más de mil quinientas personas, á la que asistieron los socios con sus mujeres, y en la cual los directores de la fábrica demostraron que la diferencia del color no dependía de la calidad, sino de cierto ingrediente químico mezclado á la harina que vendían en las tiendas. Púsose á votación si para dar gusto á la vista, acostumbrada ya al pan un poco más blanco, los molineros de la sociedad adulterarían también la harina mezclándola con el consabido cloruro, acordándose por unanimidad que preferían el pan honrado, aunque menos blanco, que el que les vendían los panaderos. Esta resolución de los cooperadores de Rochdale ejerció gran influencia en muchas leguas á la redonda, y concluyó por obligar á los fabricantes de harina á renunciar á su falsificación.

La misma influencia que en la calidad ejerce la Asociación en la cantidad y en la medida, estableciéndose la equidad en todas las transacciones.

Otra de las ventajas dignas de tenerse en cuenta de este sistema mercantil, consiste en los hábitos de economía que produce en los consumidores asociados, porque siendo regla de estas asociaciones no vender nunca fiado, acostumbraba á los socios á no abusar del crédito y al mismo tiempo á considerar la Asociación como una Caja de ahorros, y lo es sin duda con la ventaja de ser sus capitales empleados en los mismos objetos de consumo, retirando el doble beneficio del interés del dinero y de la baratura y buena calidad de lo que consume.

Las clases media y acomodada pueden mirar con cierta indiferencia los vicios del actual sistema comercial, porque sufren menos directamente sus males que la clase proletaria; pero esta es víctima de ellos de tal manera, que el tendero suele ejercer un verdadero señorío sobre los proletarios, á quienes explota porque les fia durante la semana, vendiéndoles los objetos de consumo malos, caros y mal pesados y medidos. Explotación odiosa, repugnante, pero irremediable sin la asociación de los trabajadores para convertirse en sus propios tenderos.

Sépanlo bien los trabajadores españoles, para quienes escribimos estas líneas; si no se asocian para consumir primero y para producir después, ligando sus asociaciones con lazos federales, su emancipación económica no se realizará nunca, y su emancipación política será una palabra vacía de sentido, una burla sangrienta.

Los trabajadores españoles no son ni menos honrados ni menos inteligentes que los de otros países, y no hay razón para que no obtengan de las sociedades cooperativas de consumos y de producción los mismos resultados que aquellos.

En el segundo artículo reseñaremos, para animarlos en esta empresa salvadora, los progresos de las sociedades cooperativas en otros países que nos han tomado la delantera, y en el tercero las dificultades que deben vencer, los escollos de que deben librarse para obtener de la asociación todos los frutos de que es susceptible.

FERNANDO GARRIDO.

LO QUE YO QUIERO.

Yo, que en acerba agonía
lloro el triste sacrificio
de la pobre patria mía,
á quien todos á porfía
empujan al precipicio;

Yo, en mi ruda decepción,
aspiro á que con tesón
rompa España su marasmo,
y concluya... este marasmo
que llaman Revolución.

Yo quiero en mis aflicciones,
que acaben tantas traiciones,
tanto error... tantas venganzas,
que secan las esperanzas
en todos los corazones.

Sediento de libertad,
yo quiero moralidad,
que en sí la ventura lleva.
Yo quiero... una cosa nueva;
pero que sea verdad.

Sin ruindad y sin doblez,
yo quiero ver si se inicia
un sistema alguna vez,
que lo inspire la honradez,
el pundonor, la justicia.

Que el vil rencor apaguemos,
que no haya luchas, ni reyes,
ni tiranías que odiamos...
más, que todos respetemos
el libro de nuestras leyes.

Al vuelo de ilustración,
yo quiero que la razón
contra la fuerza se vuelva,
y que todo lo resuelva
la luz de la discusión.

Que, al estrecharse las manos
nuestra sociedad, recobre
sus sentimientos humanos,
y se abracen como hermanos
lo mismo el rico que el pobre.

Hoy que la esperanza muere,
quiero que de aquí se aparte
la discordia que nos liere,
y que el comercio prospere
y que se agigante el arte.

En mi entusiasmo, yo quiero
que se abra en ancho venero
la agricultura perdida;
que haya calor... que haya vida
en el taller del obrero.

Y que el génio de la guerra
que hoy á los pueblos aterra,
haga fundir sus cañones
en hoces y en azadones
para cultivar la tierra.

Buscando triste renombre
no quiero que España asombre,
ni alee en bélicas proezas
cuarteles y fortalezas
para ametrallar al hombre...

Mas quiero que mis hermanos,
buenos, dóciles y humanos,
con sus instintos morales
fundan muchos hospitales
para los pobres ancianos.

En mi aspiración sincera
quiero una paz duradera.
Que el país vuelva á su centro;
que nos respetemos dentro
y que nos respeten fuera.

Santificando el trabajo
quiero que una ley se escriba
que arranque el error de cuajo;
que no haya presión abajo
ni haya crímenes arriba.

Quiero que el error concluya;
quiero que radiante vibre
la luz, y la sombra huya;
quiero que el hombre se instruya
para que sepa ser libre.

Diluvios de libertad
que son sublime bondad
ahoguen los resentimientos,
y remuevan los cimientos
de esta vieja sociedad.

Que al fin la duda se incline
ante la fé que acrecienta.
Y para que el mal terraine
quiero que Dios ilumine
á la nación española.

ANTONIO LUIS GARRIDO.

Malaga.—1871.

SUBLEVACION DE LOS CAMPESINOS EN FRANCIA.

1789.

II.

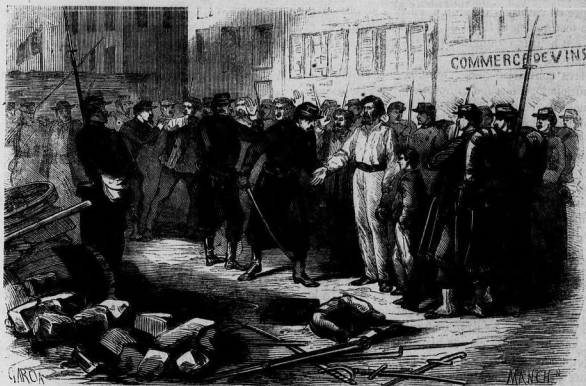
La conducta en general de los campesinos incendiarios demuestra que se hallaban dirigidos por un pensamiento de redencion, más bien que inspirados por un sentimiento de venganza. No pensaron en el saqueo ni en la ciega devastacion, sino en destruir los símbolos de la antigua tiranía, que se presentaban amenazadores aun sobre sus cabezas.

El castillo feudal, nido del buitres que los habia veni-

do devorando, se sostenia enhiesto é imposible, como un monstruo adormecido que podia despertar, y no debe extrañar que instintivamente desearan despedazarlo, como para impedir su resurreccion temible. Los títulos señoriales no solo representaban para los campesinos la ley del privilegio, sino tambien la sentencia de su servidumbre, y debían sentir la necesidad de romper estas ejecutorias como para destruir la prueba del derecho inicuo que los esclavizaba.

Sin embargo de este carácter general de la sublevacion, generoso en casi todas partes, ocurrieron en algunas comarcas escenas de dolorosa devastacion y venganzas terribles.

Nobles habia cuyos actos eran feroces y que oprimian desatentadamente las cadenas de sus privilegios, irri-tando con semejante conducta los odios de sus vasallos.



SUCESOS DE PARIS.—VISITAS DOMICILIARIAS.

No debe extrañarnos, pues, que el dolor, punzante todavía, de las heridas abiertas inspirara en aquellos instantes pensamientos de personales venganzas.

Un escritor contemporáneo ha dicho en un folleto titulado *Los incendiarios del Delfinado ó los enemigos de los grandes*, lo siguiente:

«Los grandes, los ricos, los magnates de la provincia han venido durante largo tiempo atormentando al pueblo con crueldad tanta, que han suscitado en él un odio inextinguible. Se ha arrebatado al pueblo las subsistencias para convertirlas en oro y entregarlo como pecho á los tiránicos señores, ya por medio de las corbeas, ya por procesos injustos, y en fin, recurriendo á todo linaje de violencias. La venganza se condensó durante un siglo en los corazones ulcerados, pero en el momento en que halla salida se convierte en un torrente devastador que no es posible contener.»

Y en efecto, en algunos lugares el odio personal produjo escenas terribles.

Negábase en Normandía el intendente de un noble á entregar los títulos señoriales, y para obligarlo le pusieron en los pies los sublevados carbones encendidos.

El marqués de Barca, noble del Langüedoc, fué inmolado en presencia de su mujer, que estaba en cinta.

El baron de Mont-Justin sufrió durante muchas horas el suplicio horrendo de estar suspendido por los pies, aunque no llegó á perder la vida.

El marqués de Ormenant tuvo que huir de su morada durante la noche con mil dificultades y angustias. Y como era anciano y estaba enfermo, se vió obligado á caminar trabajosamente apoyado en sus dos hijas, hasta que logró salvarse.

A pesar de que estos casos ocurrieron donde los señores por su condicion particular trataban más inicua-mente á los campesinos, son casos dolorosos y que prueban hasta qué punto puede conducir la desesperacion que causa la tiranía. No impunemente se viola la justicia;

tarde ó temprano llega la sentencia y el castigo á los mismos violadores.

Aquellos lamentables excesos no formaban en ninguna parte un sistema de torpes venganzas, antes bien los más resueltos campesinos, no solamente perdonaban á los nobles que tenían dadas pruebas de humanidad, sino que los protegían cuando en la confusion del trastorno eran acusados de alguna falta que no habian cometido. Puede servir de ejemplo lo que aconteció al marqués de Montfermeil.

Acusaban á este noble de haberse dedicado en su comarca á acaparar los productos para especular con la miseria pública.

El marqués era bueno, sin embargo de ser aristócrata, y la noticia de la acusacion produjo un arranque de justa generosidad en los campesinos que lo conocian, arranque tan decidido, que casi todos los moradores de la villa donde tenia sus propiedades se pusieron espontáneamente en camino, llegaron á París y se presentaron como testigos en el Hotel de Ville á declarar que el marqués era honrado y querido por sus mercedes en toda la comarca.

La guerra contra los nobles tomaba un carácter social pronunciado; pues los campesinos, creyendo bien intencionadas y veraces las excitaciones de la clase media, hablaban de su emancipacion definitiva, y deseaban que se convirtiera en hecho la libertad que indeterminadamente se les habia prometido.

Pero entre tanto la clase media habia conseguido el objeto que se proponia de destruir los privilegios que sobre ella habia fundado el feudalismo, y una vez rebajadas hasta su propio nivel las eminencias que la oscurecian, no quiso que el movimiento de nivelacion penetrara más abajo, antes bien se opuso con todas sus fuerzas á la continuacion del progreso.

Egoísta en los propósitos, artera en las combinaciones y cruel en los procedimientos, tendió la mano á las clases mismas á quienes habia combatido, y se volvió contra el pueblo, que, á costa de su sangre, habia llegado á encumbrarla; pero esto lo hizo con una condicion y un objeto; con la condicion de que la aristocracia les abriera sus filas, y con el objeto de aprovecharse sola del botin como premio de la victoria.

Y desde el instante en que se consideró segura de la conquista, principió á manifestarse sensible á la idea del *orden público*, y formó una libertad menguada hecha á su tamaño é inventó esas vacilaciones en la política, que han formado desde entonces los sistemas equilibristas de los gobiernos constitucionales.

Cuando en el siglo xix la clase media incendió por sí misma los castillos y conventos, manifestó entender de una manera particular la idea de orden, y de la misma manera figuraba concebirla cuando empujaba á los campesinos contra la nobleza en los instantes primeros de la revolucion; pero así que vió asegurado su triunfo, y que los nobles estaban reducidos á la impotencia y el poder real transigía atemorizado, se declaró mantenedora del orden público, conservadora de los intereses sociales que caian bajo su dominacion, y hasta defensora de aquellos viejos castillos feudales que se desmoronaban y destruian.

Aconteció en su consecuencia que la clase media de Tournus, para impedir que los campesinos incendiasen

el castillo de Comartin, se opuso á ellos en campo abierto, les libró batalla y condenó á muerte á todos los cabecillas que cayeron en su poder.

Lo mismo aconteció en Chalons-sur-laône, donde hubo una matanza espantosa de campesinos, y en otros muchos lugares. Pero la iniquidad toma proporciones bárbaras en Lion. En esta ciudad la clase media se organizó en milicia armada para combatir al pueblo de los campos, y ejecutó actos de verdadera ferocidad con los revoltosos que tenían la desgracia de caer en su poder.

Esta ha sido constantemente la conducta que ha seguido la clase media en las revoluciones posteriores hasta nuestros días. Reformadora en la oposicion, liberal en la desgracia, casi disolvente cuando ha tenido que vencer resistencia, aduladora del pueblo siempre que lo ha necesitado como elemento de fuerza, se ha vuelto mesurada, reaccionaria, y lo que es peor todavía, ingrata con sus auxiliares desde el momento en que ha conseguido apoderarse del poder. Sus hábitos demagógicos la han hecho gobernar desgarrando las leyes y pervirtiendo todas las instituciones. El pobre pueblo ha sido para ella una espada, que ha hecho pedazos despues de haberla esgrimido contra sus adversarios hasta conseguir la victoria.

RAMON CALA.

(Se continuará.)

LA SALVACION DEL PUEBLO

6

LA REPUBLICA DEMOCRÁTICA FEDERAL.

III.

La familia.

Una vez conocido el hombre en su naturaleza y en los derechos que de la misma se derivan, nada más fácil que conocer la familia, que no es más que su consecuencia; una *sér colectivo* formado por la libre y espontánea asociacion del hombre y la mujer, destinada á realizar el bien dentro de un círculo mayor al del individuo, dentro de la esfera familiar.

El hombre, *sér finito*, *condicional ó incompleto*, obligado por esta ley de su naturaleza, tiende á *completarse* dentro de la familia.

El principio de toda *personalidad colectiva* es el hombre. Y en tal sentido, todas las *personalidades colectivas* que en orden jerárquico se presentan en la sociedad, deben modelarse en la organizacion humana.

Si los efectos obedecen á la naturaleza de la causa de donde se derivan, y esta es una ley del orden universal que preside á todos los seres de la creacion, la familia y todas las *personalidades mayores*, que á esta siguen en el orden jerárquico, como el municipio, la provincia y el Estado, deben obedecer á su principio constitutivo.

Cuando el hombre y la mujer, unidos por el lazo de la asociacion familiar, están reintegrados en todos los derechos que la naturaleza, sin tener en cuenta la diferencia de sexos, concedió á ambos, la familia recibe todos los benéficos resultados de su libre ejercicio y desarrollo, y ellos y su descendencia son felices, vigorosos y enérgicos.

La primera sociedad en que el hombre aparece en la vida, es la familia. Y esta pequeña sociedad, vivificada por el amor, resultado de las simpatías de las facultades intelectuales, físicas y morales del hombre y la mujer, que es en lo que constituye el verdadero amor, es inviolable y sagrada. ¿Hay algún poder que viola su domicilio? Pues ese poder comete una profanación, un atentado inícuo contra lo más sagrado que en lo humano existe, la *invioabilidad del domicilio*. Todas, absolutamente todas las manifestaciones, tanto públicas como secretas, que se deriven de la constitución de la familia, deben ser respetadas y garantidas por las constituciones y leyes de los pueblos. Allí en donde quiera que el domicilio de la familia sea violado, allí no puede haber libertad, honra, dignidad ni respeto al derecho; y donde no se respeta el derecho, donde no existe libertad; honra ni dignidad, no hay sociedad humana posible, no existe más sociedad que la sociedad de la *pasión*, la *verdadera demagogia*, la *demagogia gubernamental*.

Resultado: que cuando la familia es, la asociación libre y espontánea de dos individuos, del hombre y la mujer, ambos reintegrados en sus derechos, la familia es feliz, rica y poderosa, y cuando esta reintegración falta, infeliz, pobre, ignorante y miserable; porque el resultado del desorden y de la perturbación, originada en el individuo por la coartación de sus derechos naturales, se refunde en la familia, que es su más natural y lógica consecuencia, dando entonces lugar a que, siendo la familia el complemento del hombre, sea una de las causas que más le proporcionan su pequeñez y su ruina.

Tal es el orden lógico establecido por la ley de la naturaleza que preside á todos los seres que pueblan y componen el universo.

IV.

El municipio.

Si la familia es la libre y espontánea asociación de los individuos, el municipio es la libre y espontánea asociación de las familias.

Así como el individuo busca en la familia el ensanche de sus ideas, de sus sentimientos, de sus intereses y de sus aspiraciones, las familias, asociándose unas á otras, buscan su complemento y garantía dentro del municipio, verdadera encarnación del hombre en su sentimiento, en su inteligencia y en su voluntad.

El municipio es un pequeño reino, un *Estado*, con su poder legislativo, que se llama *Asamblea municipal*, con su poder judicial, que se llama *Jurado*, y con su poder ejecutivo, que se llama *Ayuntamiento*.

La ley de la variedad en la unidad, que es la ley que preside al hombre y á la naturaleza, es la misma que dirige el organismo municipal. La misma variedad que en el hombre establecen sus facultades fundamentales, la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, cada cual con su destino propio y desarrollándose paralela y armónicamente entre sí, formando una unidad superior en el *espíritu*, esta misma variedad y esta misma unidad se encarnan en el *ser municipal*, que en su poder legislativo, de libre y directa elección, reúne la suma de inteligencias de los vecinos del pueblo; en el poder judicial la suma de todas las conciencias, y en el ejecutivo

la suma de todas sus voluntades. De manera que la variedad de todas las inteligencias, sentimientos y voluntades de los vecinos del pueblo, encuentran por el camino del sufragio libre y directo su *unidad municipal*.

El desarrollo intelectual, moral y material de una nación cualquiera con sus libertades, sus derechos, sus intereses y su independencia, se gradúa por el desarrollo intelectual, moral y material de sus municipios con sus libertades, sus derechos, su independencia y sus intereses.

La provincia ó el Estado no pueden tiranizar al municipio. Esta organización municipal, la más conforme con la naturaleza humana y con el fin providente, no reconoce más poderes que los suyos propios de libre y directa elección, y por lo tanto amovibles, discutibles y responsables ante el pueblo. Su vida interior es sagrada; no consiente otros lazos que los naturales de relación exterior y de armonía municipal.

¿Hay alguna ley que establece el censo en la elección de los magistrados municipales; que sujete su responsabilidad, no al pueblo de donde emana, sino á un gobernador ó á otra autoridad extraña á la vida municipal; que intervenga la administración y aplicación de sus intereses; que sancione sus disposiciones ó sus actos, ó que, en una palabra, limite ó anule alguna de sus facultades esenciales?

Pues esa ley es una violencia, una tiranía y una usurpación. Y esa ley siembra en el pueblo la semilla del desorden y del desequilibrio municipal, ahoga la libertad y envilece las conciencias.

FRANCISCO CORDOVA Y LOPEZ.

EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD

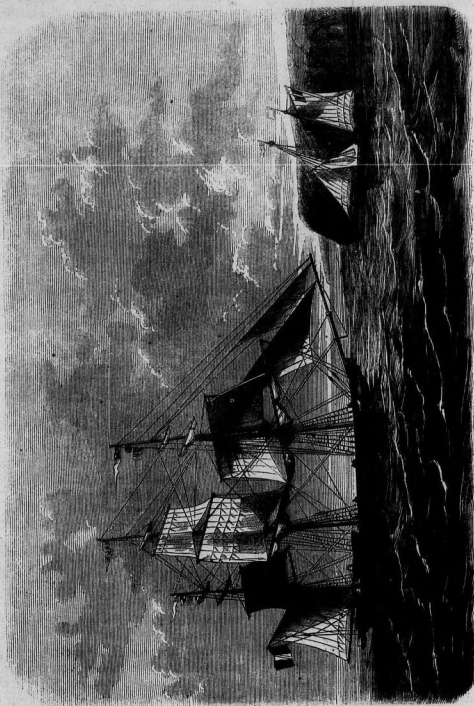
EL FOMENTO DE LAS ARTES.

Tiempo hacía que esta Sociedad, que tantos y tan notables servicios viene prestando al progreso y á la cultura nacional, pensó en celebrar una Exposición que permitiera á los artistas é industriales exponer sus respectivos trabajos, demostrar sus adelantos y fijar la atención de todos, así del público como de los artistas, sirviéndoles de noble estímulo. Las Exposiciones son el verdadero campo de batalla de la época moderna; el jardín matizado de infinitas flores y productos; el mar inmenso en que las banderas de todos los países flotan á merced del viento, queriendo fijar la atención del mundo civilizado.

Cuando una sociedad particular concibe tan bello pensamiento, deber fuera del gobierno, atendido el sistema que nos rige, ayudarla en la realización de su vasta empresa, superior quizás, no á sus deseos y aspiraciones, pero sí á sus medios de acción: ¿lo ha hecho acaso? No por cierto. El gobierno vale demasiado para ocuparse de tan pequeñas cosas: ¿qué es una Exposición? Una obra enciclopédica, á la que cada uno agrega una hoja para formar con ella un libro que encierre la historia de un pueblo y de sus progresos. ¿Y esto acaso merece la pena de que un gobierno descienda hasta ello? Bobería. Quizás alguno objetará que *El Fomento de las Artes* cuenta con algunos socios que son altos empleados de la situación, y aun puede que algún mi-

nistro, y que estos al ménos tenían el deber de ayudar á esta Sociedad con toda clase de recursos, y puede que tenga razon; pero nos hemos propuesto demostrar que una Exposicion es empresa harto baladí para que un ministro, ni siquiera un portero, descienda hasta ella, y es inútil disentir acerca de este punto.

Nosotros tenemos la mayor satisfaccion en que las cosas hayan pasado así. Dicen algunos que la Exposicion de *El Fomento de las Artes* ha sido una leccion para el gobierno: ¡qué inocentes! El gobierno podria contestar: *El Fomento de las Artes*, que ha dispuesto la Exposicion, que la haga: cierto que su amor á la cultura y



SUCESOS DE PAÍS.—FONTOES FRANCESA.

al progreso de España no ha quedado muy bien en el extranjero, pero á bien que esto es lo de ménos: nosotros repetimos que nos alegramos de que las cosas hayan pasado así, porque demuestran de lo que es capaz el gran principio de asociacion y lo que pueden y saben la energía del hombre y el espíritu progresivo de la época.

La Sociedad *El Fomento de las Artes*, sola, sin ayuda

de nadie, entregada á sus propios recursos, la llevado á cabo la Exposicion que anunció, mereciendo los entusiastas elogios que toda la prensa, sin distincion de matices, le ha dedicado: verdad que nada se ha dicho del gobierno, porque nada hizo... ¡Ah, sí, algo ha hecho, pues si mal no recordamos, asistió á la apertura de la Exposicion: la prensa, pues, ha estado injusta con el gobierno.

Desgraciadamente el pueblo madrileño, más amigo de diversiones que de cosas serias, más inclinado á lo alegre que á lo bueno, no ha recompensado en la parte que le correspondía los sacrificios de la Sociedad, que cual Jesús en lo alto de la cruz debe exclamar mirándonos á todos: *perdonados, padre mio, no saben lo que se hacen*: y conste que nosotros hemos asistido á ella, y hemos quedado verdaderamente sorprendidos al ver la multitud de objetos reunidos, algunos de grande utilidad y no pocos de reconocido mérito, al lado de otros, verdaderos progresos artísticos é industriales.

Sin espacio apenas, porque la premura del tiempo nos ha impedido ocuparnos de la Exposicion como deseábamos, publicamos un grabado representando uno de los relojes de torre, expuestos por D. Guillermo Duthu, Martin Vargas, 5 y 7, Madrid, premiado con *Mencion honorífica*, y adquirido, segun hemos oido, por el Ayuntamiento de Corvera (Andalucia), y cuyo fabricante tiene encargados hasta el número de veinte para Sevilla, Velez-Málaga, etc., etc.; publicamos tambien, como objeto de utilidad, un fregadero de hierro, construido, con otros varios aparatos de calefaccion y muebles de hierro, por D. José Callejo, Yedra, 4, Madrid, premiado con *Mencion honorífica*: este mueble, de tanta necesidad, reúne, á las más apreciables condiciones de limpieza y comodidad, su conveniencia para un fuego, en donde tan temibles son los objetos de madera, y lo económico de su precio, pues cuesta seis duros y contiene multitud de piezas.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de algunos otros objetos, y daremos la lista general de los exponentes premiados.

No terminaremos sin enviar nuestros más sinceros plácemes á *El Fomento de las Artes* por su incansable celo y actividad, y por su amor al progreso y á la cultura de nuestra querida España: el que estas líneas es-

cribe fué uno de los primeros que se ocuparon del proyecto de esta Exposicion, augurando el bello resultado que más tarde, y para honra de sus autores, ha visto tan felizmente confirmado.—A.

VISITAS DOMICILIARIAS.

El grabado de la página 53 representa una de las muchas visitas domiciliarias llevadas á cabo por

soldados de Versalles en los barrios de Belleville y la Villette. Estas humillantes escenas, en que se obliga á los hombres á presentar sus manos á los soldados para saber si han manejado la pólvora y el fusil, son una verdadera capilla, una horrible agonía para su pobre mujer y sus hijos, y un terrible dolor para el ciudadano que ve humillada su dignidad de hombre y mira espuesta su vida al capricho de un feroz soldado ó de un miserable delator.

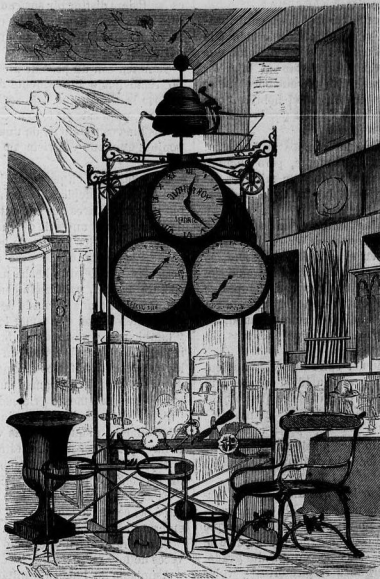
Quizás por esta causa no pasa día sin que en estos populosos barrios mueran algunos soldados por una mano desconocida, y que el gobierno tome con sus habitantes las más terribles medidas y las más severas precauciones.

Las prisiones no bajan diariamente del número de quinientas, cifra exorbitante y no conocida jamás, ni aun en las épocas del mayor terror.

MISCELÁNEA AGRÍCOLA.

La cosecha.—Sus enemigos.—Langostas y saltamontes.—El canutillo.—Su destruccion.—Azufrado de los frutales.—La ceniza de carbon de piedra considerada como abono.—Modo de obtener semilla de guanos de sada sana.—Conservacion indefinida de los vinos.—Consejo á los cosecheros de cidra.

Lo abundante de la cosecha de este año y la buena calidad de los frutos contribuirán por fortuna á repo-



EXPOSICION DEL FOMENTO DE LAS ARTES.

ner á los agricultores de las inmensas pérdidas sufridas en los tristes años últimos.

El aspecto de los campos es hermosísimo, y el labrador, satisfecho del producto que rinden los cereales y legumbres que ya ha llevado á la era, lo está aun más con las promesas de los que todavía no han sido segados.

También los frutales están produciendo abundantemente unos y ofreciendo otros colmar los deseos de sus cultivadores.

Sin embargo, es necesario que un justo contento no haga olvidar las desgracias pasadas ni descuidarse en prevenir las que pueden presentarse.

Las mismas causas atmosféricas que han contribuido á que los vegetales prosperen, han favorecido á la par el desarrollo y multiplicación de los insectos que viven á expensas de aquellos y arrebatan al labrador la recompensa de sus fatigas, y las precauciones que se tomen para destruir á esos enemigos del hombre, que tan temibles son á pesar de su pequeñez por lo infinito de su número, siempre serán pocas.

En el Mediodía ha desolado los campos la langosta. Se ha exterminado mucha ciertamente, pero siempre habrá quedado la bastante para procrear millones de estos dañinos animalitos y para que la plaga se reproduzca.

Se hace preciso destruir las hembras que se encuentran acopladas con los machos, posición en que están mucho rato; las que estén en el acto de la postura, lo cual se conoce en que tienen enterrado el extremo del cuerpo, y sobre todo el canutillo, que casi siempre se halla á corta distancia del punto en que hay muerta alguna hembra, pues estas mueren en cuanto ponen, así como el macho perece á poco tiempo de haberlas fecundado.

Los cerdos gustan mucho del canutillo, y lo huelen, desentieran y devoran con grande afán, si bien les ocasiona mucha sed, y solo debe permitirles que lo busquen hasta cierto límite y cuando haya á la inmediación agua abundante.

Una persona que se fije un poco puede también fácilmente conocer los puntos donde hay canutillo, extraerlo y exterminarlo.

Para esto, en primer lugar hay que distinguir la langosta del saltamonte, que aunque parecido en la forma, no es tan temible porque se multiplica menos y porque apenas goza de la facultad común á la mayor parte de los insectos, y que las langostas poseen en alto grado, de henchir de aire sus órganos respiratorios y volar después á largas distancias.

Los saltamontes tienen dos cuernecillos largos y delgados, cuatro articulaciones en el extremo de las patas, y el vientre de las hembras termina con un largo tubo abierto por la parte superior, que les sirve, introducido verticalmente en la tierra, para poner sus huevos uno á uno.

Las langostas tienen los cuernecillos cortos y gruesos, solo tres articulaciones en las patas, que son mucho más largas, carecen de tubo, y aunque procuran esconder su postura enterrando, como hemos dicho, la extremidad del cuerpo en un agujero que prepara con anticipación, y que puede tener hasta ocho centímetros de profundidad, muchas veces pone á flor de tierra ó sobre ella, y

los 50 ó 60 huevos que arroja van unidos entre sí en tres filas y formando un solo cuerpo, redondo por un extremo, plano por el otro, ligeramente encorvado y recubierto de una sustancia pegajosa que se adhieren granos de arena ú otras sustancias extrañas.

Esta conglomeración es lo que se llama canutillo, y su aspecto es el de un pepino muy pequeño, cuyo extremo florido se hubiese cortado.

Distínguese la langosta macho de la hembra en que aquel es más pequeño y de color amarillo brillante, excepto en la parte superior del lomo, que es verdosa, mientras que la hembra tiene un color gris azulado; as es facilísimo distinguir sus cadáveres y buscar el canutillo cerca de la hembra, que, como hemos dicho, parece regularmente á la inmediación del sitio donde lo ha depositado.

También con un poco de atención se reconoce este sitio removiendo ligeramente alrededor de la langosta muerta la tierra, que solo superficialmente recubre el agujero, pues este en todo el espacio que no han ocupado los huevos está lleno de una sustancia blanca y esponjosa que, una vez vista, no se confunde con otra alguna.

Todo descuido en perseguir la langosta con oportunidad tendrá tan deplorables consecuencias, que lo mismo los particulares que las autoridades deben ocuparse de atajar el mal antes de que no tenga remedio.

Con el calor, los huevos de las langostas últimamente puestos serán dentro de poco más de dos meses seres perfectos, que dejarán hecha una nueva é innumerable postura, la cual, paralizada con el frío, producirá en el año inmediato una segunda devastación.

También tienen que temer los frutales de los insectos y también hay modo de evitarlo. Algunos agrónomos inteligentes han observado en los años anteriores que los perales daban frutos enfermizos, y que antes de madurar se caían de las ramas cubiertos de manchas negras y completamente grieclados.

Esta enfermedad proviene indudablemente de un insecto análogo al que ataca las vides, y en el año presente hay que temer mayores estragos que nunca, porque, lo repetimos, son constantemente favorables á los insectos las condiciones que favorecen la vegetación.

El azufrado es tan ventajoso á los árboles frutales como á las cepas; lo hemos visto practicar con los perales enfermos, y en todos casos con el mejor éxito.

Se azufuran los frutos cuando cuajan, y luego otras dos veces de mes en mes.

Asimismo da buenos resultados para la salud de los perales, etc., el reemplazamiento con ceniza de una parte de la tierra que tienen al pié, hecho antes de llegar el invierno ó cuando ya han pasado los frios.

Y á propósito de ceniza, debemos indicar á los labradores que la del carbon de piedra constituye un abono muy bueno; así los que vivan á la inmediación de fábricas podrán emplearlo teniendo en cuenta la calidad de sus tierras, y que dicha ceniza proporciona mucho alimento á las plantas. Sabemos de quien, para probarla, ha llenado tuestos de ceniza de carbon de piedra solamente, sembrando en ellos por otoño trigo, avena y fresas, y enterrándolos enseguida en un cuadro de un jardín, no ha vuelto á ocuparse de ellos. La germinación tuvo lugar en el invierno, y al llegar la primavera las

plantas estaban magníficas; el trigo y la avena granaron y maduraron perfectamente, dando cabas de una longitud extraordinaria, y en cuanto al frenal, trasplantado á su tiempo, presentaba mayor lozanía que todos los otros sembrados á la par de él en el jardín.

Además de servir de abono la ceniza de carbon de piedra, será útil en los terrenos muy compactos, quitándoles este defecto.

Si las plantas tienen por enemigos á los insectos, no faltan, en cambio, á estos otros animalillos de orden inferior que á su vez les hagan daño.

Un sábio químico francés, Mr. Pasteur, que se ha dedicado particularmente al estudio de la degeneración que viene sufriendo hace años en Europa la semilla de los gusanos de seda, ha demostrado con multitud de experiencias decisivas que cuando la sangre tomada del ala de la mariposa del gusano presenta, mirada con el microscopio, unos animalitos, que recibieron la primera vez que fueron observados el nombre de *corpúsculos*, la semilla de esta mariposa no produce positivamente capullos, por más que se avive, y que las orugas que nazcan pasen por dos ó tres edades.

Mr. Pasteur aconseja á los criadores que, para evitarse pérdidas seguras, sangren del ala á todas las hembras y tiren la semilla que provenga de aquellas en cuya sangre se distingan con el microscopio *corpúsculos*. La semilla de las hembras que no los tengan produce de seguro capullos, según Mr. Pasteur, perdiéndose á lo sumo un 4 ó un 5 por 100 de la cría.

Como se ve, el medio de conseguir semilla de gusanos de seda productiva, propuesto por el distinguido químico francés, no es ni costoso ni complicado, y aconsejamos á los criadores españoles que lo ensayen.

El mismo Mr. Pasteur ha hecho otro descubrimiento muy interesante para los cosecheros y almacenistas de vino, y consiste en impedir á éste que se ágrise, se enturbie ó se altere de otro modo, para lo cual solo se necesita calentarlo hasta que llegue á adquirir una temperatura de 55 á 60 grados, en la cual basta que permanezca algunos momentos.

De las observaciones hechas por Mr. Pasteur, resulta que las alteraciones que sufre el vino proceden de que se desarrollan en él diversos vegetales microscópicos, cuyos gérmenes van en el mosto, y solo esperan para crecer condiciones favorables; la temperatura de 55 á 60 grados basta para que dichos gérmenes dejen de ser fecundos, y si el vino después de calentado no vuelve á adquirírselos, permaneciendo por demasiado tiempo en contacto con el aire atmosférico, donde abundan, es positivo que se conservará indefinidamente.

Los vinos cocidos no sufren tampoco alteración aunque se embarquen ó se envíen á países cálidos. Para calentar el vino se usan aparatos especiales que impidan la pérdida del alcohol, y la operación es poco costosa. Si se cuecen en botellas, mejoran tanto, que pasan por rancios vinos acabados de hacer. Los vinagres calentados hasta la temperatura expresada se mejoran mucho; igualmente en Francia se ha extendido mucho, y con feliz éxito, el procedimiento de Mr. Pasteur, adoptándose para la marina de guerra y para los vinos que se envían á las Colonias situadas en climas calurosos, y en nuestro concepto, los vinateros españoles no deben dejar olvidado un sistema tan sencillo de librar sus cose-

chas de toda pérdida. Es más, ignoramos el resultado que la cocción producirá en la sidra, tan propensa siempre á agriarse; pero creemos que será beneficioso, é invitamos á los cosecheros de ese líquido á que ensayen en pequeño el medio propuesto por Mr. Pasteur; pues si da buenos resultados, podrán extender mucho su mercado y obtener de sus productos una ganancia incomparablemente mayor que la que hoy obtienen.

NAZARIO DE JOSS.

LOS PONTONES FRANCESES.

Damos la vista de los pontones flotantes ó buques preparados en la rada de Brest, en donde están encerrados los prisioneros franceses en la situación más aflictiva y desesperada. Según la *Liberté*, á bordo de la *Pandora* existen 500 presos, que habitan por tandas de 50 en cámaras de 10 metros de largo por 3,50 de ancho, que reciben la luz por tres portas ó troneras que se abren á las cuatro de la mañana y se cierran á las siete de la tarde.

A cada hombre le corresponden 7 decímetros cuadrados, sitio apenas para estar de pié: el alimento consiste en una galleta á las cinco de la mañana, pan y judías al mediodía, y á las seis galleta y judías y un poco de bacalao los lunes; careciendo estos infelices de tabaco y hasta de lo más preciso.

FUSILAMIENTO DE UNA POBRE MADRE.

Una mujer sorprendida como incendiaria es fusilada en el acto. Llevaba en los brazos una criatura de pechos; en el momento en que van á tirar sobre ella, alarga los brazos para que alguien recoja la criatura; pero la gente grita: *Matadla también y habrá un dandido menos con el tiempo*; y ambos caen mortalmente heridos.

La pluma se resiste á copiar las anteriores líneas, que recuerdan uno de los mayores crímenes que menciona la historia: ¡el hijo responsable de las faltas de su madre! ¡Y cuándo... Cuando sus ojos aun no se han abierto á la luz de la razón! Tan horrible crimen hace morir blasfemando á su desgraciada madre, y corta en flor la vida de un pobre niño que podría ser mañana un Guttenberg ó un Lincoln: los fusilamientos de los crueles versalleses han sido verdaderos crímenes de lesa humanidad.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuacion.)

—Queridos amigos, decia entonces gravemente mi tío, no hablemos de estas cosas, porque nunca nos entenderemos. ¡La paz! ¡La paz! Esto es lo que necesitamos.

mos. La paz es la que hace prosperar a los hombres y coloca a todos los seres en su respectivo lugar. En la guerra se desplazan los malos instintos: la muerte, el robo y todos los demás. Por esta razón desean la guerra todos los hombres de mala vida; este es el único medio que tienen para parecer algo. En tiempo de paz nada serían, y se vería muy pronto lo mezquino de sus pensamientos e invenciones. Dios ha criado al hombre para la paz, el trabajo, el amor de la familia y de sus semejantes. Ahora bien, yendo la guerra contra todo esto, es una verdadera calamidad. Ya son las diez y podríamos discutir hasta mañana sin ponernos de acuerdo. Así, pues, propongo que nos vayamos a acostar.

Todo el mundo se levantaba entonces, y el alcalde, apoyando sus robustos puños en los brazos del sillón, exclamaba:

—¡Quiera el cielo que ni republicanos, ni prusianos, ni imperiales pasen por aquí, porque todos ellos tienen hambre y sed! Y como es más agradable beberse uno mismo su vino que verlo en manos ajenas, prefiero saber lo que sucede por el periódico que verlo con mis ojos. Esto es lo que yo pienso.

Dicho esto, se dirigía a la puerta siguiéndole los demás.

—¡Buenas noches! decía mi tío.

—¡Buenas noches! respondía el mauser alejándose por la oscura calle.

Cerrábase la puerta, y mi tío me decía meditando:

—Vamos, Fritz, que duermas bien.

—Igualmente, tío, le contestaba. Lisbeth y yo subíamos la escalera. Un cuarto de hora después reinaba en la casa profundo silencio.

II.

Un viernes por la noche en el mes de Noviembre de 1793, Lisbeth, después de cenar, preparaba la mesa para hacer pan. Como también iba a hacer tortas con azúcar, estaba a su lado en la cocina, contemplándola y haciendo agradables reflexiones.

Hecha la masa y puesta la levadura, tendió encima una manta para dejarla fermentar. En seguida recogió Lisbeth las brasas en el centro del horno, y colocó en el fondo ramas secas que lanzaron llamas a la negra bóveda, y colocando en la boca la tapadera de hierro, me dijo:

—Ahora, Fritz, vamos a acostarnos; cuando te levantes mañana ya habrá tortas.

Subimos a nuestras habitaciones y dejamos a mi tío roncando en su alcoba. Acostéme pensando en las ricas tortas, y no tardé en quedar dormido como un bienaventurado.

Muchas horas llevaba ya de sueño, pero aun era de noche y la luna iluminaba mi ventana, cuando me despertó extraño tumulto; parecía que se había alborotado todo el pueblo: a lo lejos abrían y cerraban puertas, y multitud de pasos atravesaban los charcos de la calle. Al mismo tiempo oír y venir dentro de casa, y vi rojos reflejos en la vidriera.

Figúrense mi espanto.

Después de escuchar, me levanté suavemente y abrí la ventana. Toda la calle estaba llena de gente, y no solamente la calle, sino los jardinillos y callejuelas inme-

diatas: veíanse por todas partes mocetones cubiertos con inmensos sombreros de tres picos, vestidos con grandes capotes azules con vivos encarnados, cop tahalies blancos cruzados, la gran coleta entre los hombros, sin hablar de los sables y cartucheras que les azotaban debajo de los riñones, y que veía por primera vez. Habían colocado los fusiles en pabellones delíntede nuestra fachada; en derredor paseaban dos centinelas, y los otros entraban en casa como dueños.

En el extremo de la caballería pisaban tres caballos. Más lejos, delante de la carnicería de Sepel, al otro lado de la plaza, de los garfios de la pared donde desollaban las terneras pendía un buey entero, y a la luz de una hoguera que iluminaba la plaza se veía su cabeza y cuello arrastrando en el suelo. Un hombre de aquellos, remangadas las mangas de la camisa sobre sus musculosos brazos, le desollaba; le había abierto de alto a bajo, y los azulados despojos caían al suelo con la sangre. El aspecto de aquel hombre, con el cuello desnudo y la coleta, era horrible.

En el acto comprendí que habían invadido el pueblo los republicanos, y mientras me vestía, invoqué el socorro del emperador José, de quien tanto hablaba el señor Carlos Richter.

Los franceses habían llegado durante nuestro primer sueño, lo ménos tres horas antes, porque cuando me dispuse a bajar vi otros tres, en mangas de camisa como el de la plaza, sacando el pan del horno con nuestra pala. Habían librado a Lisbeth del trabajo de cocerlo, como el otro había dispensado a Sepel del de matar. Aquellos hombres sabían hacerlo todo, nada les detenía.

Lisbeth, sentada en un rincón, con las manos cruzadas sobre las rodillas, les miraba con bastante tranquilidad: su primer susto había pasado ya. Vióme en lo alto de la escalera, y me dijo:

—Baja, Fritz... no te harán nada.

Bajé, y aquellos hombres continuaron su trabajo sin ocuparse de mí. Estaba abierta la puerta del pasillo de la izquierda y vi a otros dos republicanos amasando para la segunda ó tercera cocida. En fin, a la derecha, por la puerta entreabierta de la sala, vi a mi tío Jacob sentado cerca de la mesa en una silla, mientras un hombre vigoroso, con grandes patillas rubias, nariz corta y redonda, cejas prominentes, orejas separadas de la cabeza y coleta de color de cáñamo, gruesa como el brazo, pendiente entre los dos hombros, estaba sentado en el sillón, cortando lonjas de un jamon nuestro y devorándolas con apetito. Veíanse sus gruesos puños armados de un cuchillo y tenedor moviéndose continuamente, y sus musculosas mandíbulas trabajando sin cesar. De tiempo en tiempo cogía el vaso, levantaba el codo, bebía un trago y continuaba.

Llevaba charreteras de color de plomo, un gran sable con vaina de cuero y botas tan cubiertas de barro, que solamente se veía la vuelta amarilla que comenzaba a secarse. Su sombrero, colocado sobre el bufete, dejaba caer un plumero encarnado, cuyas plumas agitaba el aire, porque las ventanas estaban abiertas, a pesar del frío; detrás se paseaba un centinela con el fusil al brazo, parándose de tiempo en tiempo para dirigir una ojeada a la mesa.

—Sin dejar de comer, el hombre de las patillas rojas hablaba bruscamente.

—¿Con que eres médico? decía á mi tío.
 —Sí, señor comandante.
 —¡Lláname comandante á secas, ó ciudadano comandante; el señor y señora han pasado de moda. Pero, volviendo á nuestros carneros, debes conocer el país; un médico de los campos está siempre en camino. ¿Cuánto distamos de Kaiserslautern?
 —Siete leguas, comandante.
 —¿Y de Pirmasens?
 —Cerca de ocho.
 —¿Y de Landau?
 —Cinco largas, según creo.
 —Según creo... cerca... próximamente... ¿debe hablar así un hombre del país? Escucha; me parece que tienes miedo; temes que si pasan por aquí las levitas blancas te ahorquen por las noticias que me hayas da-

do. Desecha esa idea: la República francesa te protege. Y mirando á mi tío con sus ojos grises:

—¡A la salud de la República única é indivisible! exclamó levantando el vaso.

Mi tío, muy pálido, bebió por la República.

—¿Pero no se han visto austriacos por aquí?

—No, comandante.

—¿Estás bien seguro? Vamos, mírame de frente.

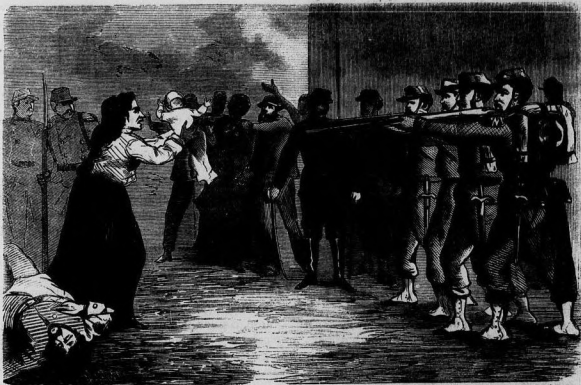
—No he visto ninguno.

—¿No habrás dado un pascito hasta Reethal un día de estos?

Mi tío había estado tres días antes en Reethal; creyó que alguno del pueblo se lo había dicho al comandante, y contestó:

—Sí, comandante.

—¡Ah! ¿y no había austriacos allí?



SUCESOS DE PARIS.—FUSILAMIENTO DE UNA POBRE MADRE.

—No.

El republicano vació el vaso, dirigiendo oblicua mirada al tío Jacob; en seguida extendió el brazo, cogiéndole por la muñeca con extraño gesto.

—¿Dices que no? le preguntó.

—Sí, comandante.

—Pues bien, ¡mientes!

Y con lenta voz añadió:

—Nosotros no ahorcamos; pero algunas veces fusilamos á los que nos engañan.

El rostro de mi tío palideció más. Pero con voz firme y cabeza alta, contestó:

—Comandante, os aseguro por mi honor que hace tres días no había imperiales en Reethal.

—Y yo, exclamó el republicano, cuyos ojos grises brillaron bajo sus abundantes cejas, y yo te digo que sí había. ¿Entiendes?

En seguida guardaron silencio. Los de la cocina habían vuelto la cabeza; el aspecto del comandante no era tranquilizador. Yo eché á llorar y entré en la sala como para socorrer á mi tío, colocándome á su espalda. El republicano nos miraba á los dos con el ceño fruncido, lo que no le impedía devorar lonjas de jamón como para tomar tiempo para reflexionar. Lisbeth sollozaba en la cocina.

—Comandante, replicó mi tío con firmeza, tal vez ignorais que hay dos Reethal, uno en el lado de Kaiserslautern, y el otro sobre Queich, á tres leguas de Landau. Tal vez estarían los austriacos en este; pero en el otro no se les había visto aún el miércoles por la tarde.

—¡Ah! dijo el comandante en mal alemán lorenés y sonriendo sarcásticamente, no es mala observación. A menos que no me demuestres que hay dos Reethal, no

te oculto que el deber me manda arrestarte y hacerte juzgar en consejo de guerra.

—Comandante, exclamó mi tío extendiendo el brazo, la prueba de que existen dos Reethal es que están indicados en todos los mapas del país.

Y señalaba un mapa viejo colgado en la pared.

El republicano se volvió en el sillón y miró, diciendo:

—¡Ah! ¿Es un mapa del país? Veamos un poco.

Mi tío descolgó el mapa, lo extendió sobre la mesa y señaló los dos pueblos.

—Tienes razón, dijo el comandante; sea en buen hora; por mi parte solo deseo ver claro.

Habia apoyado los codos en la mesa, y con su gorda cabeza entre las manos, miraba el mapa.

—¡Calla! ¡Calla! ¡Es famoso! decía. ¿Dónde has adquirido este mapa?

—Lo hizo mi padre, que era agrimensur.

El republicano sonrió.

—Si los bosques, los ríos, los caminos, todo está marcado, decía; reconozco esto... hemos pasado por aquí... muy bien... muy bien...

Y levantándose:

—Tú no te sirves de este mapa, ciudadano doctor, dijo en alemán; yo lo necesito y le embargo en servicio de la República. ¡Vamos, te debo una reparación! Bebamos un trago para cimentar las fiestas de la Concordia.

Puede calcularse la presteza con que bajaría Lisbeth a la cueva á buscar otra botella.

El tío Jacob había recobrado la serenidad. El comandante, que me miraba entonces, le preguntó:

—¿Es hijo tuyo?

—No. Sobrino.

—Es un perillán bastante fuerte. Me agradó verle entrar á socorrerte. Vamos, acércate, añadió tirándome del brazo.

Acariciéme los cabellos y dijo con voz algo ruda, pero bondadosa:

—Educa á este niño en el amor de los derechos del hombre. En vez de guardar vacas podrá llegar á comandante ó general como cualquier otro. Ahora todas las puertas están abiertas; se pueden ocupar todos los puestos; solo se necesita valor y suerte para conseguirlos. Aquí donde me ves, soy hijo de un herrero de Sarreguemines; nací en la República, aun estaría machacando en el yunque; nuestro ganso de donde, que ahora está con los de la levita blanca, sería un águila por la gracia de Dios, y yo un año; pero gracias á la revolución, sucede precisamente lo contrario.

Vació bruscamente el vaso, y entornando los ojos añadió con acento melifluido:

—Lo cual es una pequeña diferencia.

Junto al jamón había una torta de las que preparó Lisbeth y que los republicanos habían cocido en la primera hornada; el comandante cortó un trozo.

—Come esto con buen apetito, me dijo con buen humor, y procura hacerte hombre.

Volviéndose en seguida hacía la cocina:

—¡Sargento Lafleche! gritó con voz de trueno.

Un sargento viejo con bigotes grises, seco como un arenque ahumado, se presentó en el umbral.

—¿Cuántas libretas, sargento?

—Cuarenta.

—Necesitamos cincuenta dentro de una hora; con los diez hornos, quinientas; tres libras de pan por hombre.

El sargento volvió á la cocina.

Mi tío y yo presenciábamos todo aquello sin chistar.

El comandante volvió á estudiar el mapa.

Las primeras luces del alba comenzaban á despuntar; veíase la sombra del centinela paseando, arma al brazo, delante de las ventanas. Reinaba cierto silencio; sin duda dormían la mayor parte de los republicanos, apoyada la cabeza en el morral, en derredor de las hogueras que habían encendido y otros en las casas. El reloj marchaba lentamente y el fuego continuaba chisporroteando en la cocina.

Ya duraba algunos minutos esta situación, cuando resonó grande alboroto en la calle; rompiéronse algunos vidrios, abrióse una puerta con estrépito y nuestro vecino José Spick, el tabernero, empezó á gritar:

—¡Socorro! ¡Fuego!

Pero nadie se movía en el pueblo, considerando todos que mejor estaban dentro de casa. El comandante escuchaba.

—¡Sargento Lafleche! gritó.

El sargento había salido á ver qué ocurría y se presentó á los pocos momentos.

—Es un aristócrata tabernero que no quiere ceder á las requisiciones de la ciudadana Teresa, respondió con gravedad el sargento.

—¡Bien! ¡que le traigan!

El sargento salió.

Dos minutos después se llenaba de gente el pasillo; abrióse la puerta y apareció en el dintel José Spick, con una blusa corta, su ancho pantalón de lienzo y su arrugado gorro de algodón; rodeábanle cuatro soldados de la República, arma al brazo, el rostro de color de azafraán, los sombreros raídos, rotos los codos, grandes remiendos en las rodillas, destrozados los zapatos y cosidos con bramante, lo cual no les impedía erguirse y manifestarse orgullosos como reyes.

José, con las manos en los bolsillos, encorvado, baja la cabeza y pendientes las mejillas, no se mantenía bien sobre las piernas; no levantaba los ojos del suelo y parecía muy asustado.

Detrás, en la sombra, se veía la cabeza de una mujer pálida y delgada, que en seguida fijó mi atención; tenía elevada frente, nariz recta, la barba algo saliente y cabellos negros con reflejos azulado. Su peinado era aplastado en las sienes y recogido en trenzas por detrás de las orejas; esta disposición del pelo hacía que su cara pareciera muy larga. Sus ojos eran grandes y negros. Llevaba sombrero de fieltro con escarpela-tricolor, y sobre el sombrero un pañuelo encarnado sujeto bajo la barba. Como hasta entonces no había visto más que mujeres rubias ó de pelo castaño, aquella me produjo extraordinario asombro y admiración, á pesar de mis pocos años; mirábala con fijeza y mi tío no parecía menos asombrado que yo, y cuando entró acompañada de cinco ó seis republicanos vestidos como los primeros, mientras permaneció en la sala no separamos los ojos de ella.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Asistimos hace algunos días á la representación en el gran teatro de la política de una obra de magia, que bien pudiera titularse *Las sorpresas ó el nuevo judío errante*, y cuyas extrañas escenas, imprevistos sucesos y juegos variados merecen ser conocidos de nuestros lectores.

El protagonista de la obra, duque de Montpensier, que se hallaba en los baños de Alhama, pide un pasaporte para el extranjero, que el gobierno se apresura á concederle, repitiendo quizás aquel antiguo adagio que dice: «*al enemigo que huye...*» etc.; pero héte aquí que, de repente y sin que nadie le esperara, el señor duque se presenta en las Cortes en la tarde del 30, acompañado de los Sres. Romero Ortiz y marqués de Campo-Sagrado; estupefacción general, incluso del idem Sr. Serrano, que, según *La Opinión Nacional*, hizo como que no se apercibía de su llegada, con el socorrido recurso de un papel y un tintero, mientras los Sres. Ulloa y Ayala desaparecieron rápidamente.

Ríos Rosas y hasta el brigadier Topete, que según una expresión gráfica, aun no ha encontrado mar en que arrojar el ancla, se apresuraron á saludarle, llamando la atención el cariñoso saludo que el duque dedicó al bravo y pundonoroso Contreras, general injuramentado.

Al día siguiente, á la una de la tarde, y cuando el duque de Montpensier se ocupaba, según se dice, en arreglar sus notas para interpellar al gobierno sobre la conducta del juez de Alhama para con él, recibió cierto recado sobre la conveniencia de no permanecer en Madrid, que Montpensier abandonó precipitadamente.

Hasta aquí lo que todos sabemos. Según los maliciosos, parece que al duque acompañaba en el tren un comisario de policía, á quien se le perdió en la estación de Vallecas, entrando Montpensier en Madrid, no se sabe cómo ni por dónde. No respondemos de la exactitud de la noticia, pero sí de que, el inspector de la estación del Mediodía, Sr. Seseña, ha sido separado de su destino.

Cuéntase que el duque recibió una visita ó aviso sobre movimientos sospechosos de cierto *milo ó partida*, y sobre la poca seguridad de su persona, á causa de lo variable del tiempo, y que entonces se decidió á marchar en el *tren express* acompañado del marqués de Campo-Sagrado y otros amigos con dirección á Francia, en cuyo tren iba casualmente el inspector de ferro-carriles, Sr. Ducazcal; pero hé aquí que, según los maliciosos, el duque no iba en el *tren express*, por la sencilla razón de que salió en el tren correo de la noche con el embajador de Francia y su secretario, quedando el embajador en el Escorial y continuando el secretario, y cuentan por último que el duque estaba á un tiempo en París y en Aguas-Buenas, cuando se encontraba en Hendaya. Convergamos, estimados lectores, en que si esto no es una comedia de magia, hay que convenir en que lo parece mucho.

Después de varias sesiones verificadas secretamente en el Congreso, la mayoría desechó el voto particular de nuestro querido amigo Pi y Margall, brillantemente defendido por su autor y el elocuente Figueras, y concedió la autorización para procesar á nuestro estimado colaborador Roque Bárcia. La mayoría acaba de poner el sello con su voto al proceso más oscuro y extraño que registra nuestra historia; proceso en que, á pesar de las excitaciones de Bárcia por toda clase de medios, no ha podido conseguir que penetre en él un solo rayo de luz, envolviéndose el gobierno y el juez en el más impenetrable misterio; pero no importa; sobre el gobierno y sobre el voto de la Cámara está el supremo tribunal de la conciencia pública, que conoce y estima la pureza y la honradez del noble Bárcia.

Pocas horas después, y como si esto no bastara, la Cámara ha desaprobado el voto particular de Soler, que pedía la admisión del invicto general Pierrad, á quien *LA ILUSTRACION* envía el testimonio de su cariño y admiración por su brillante conducta en el triste cuanto memorable 22 de Junio, y deposita una lágrima sobre la tumba de los nobles paisanos y arrieros tan inhumanamente sacrificados.

Los diarios ministeriales anuncian las condiciones estipuladas para la liga alfonsino-montpensierista, que son: regencia del duque por cuatro años y la unión de su hija con el ex-príncipe; dicen que doña María Cristina es la encargada de arreglar este asunto con el duque de Montpensier, con quien se reunirá en Aguas-Buenas, y hablan de haber levantado un gran empréstito, cuya cifra se hace elevar á dos mil millones, con hipoteca de los bienes de Cristina, doña Isabel y el duque: *La Política* dice á este propósito que para arrojar lo actual, dos mil millones son demasiado, aunque muy poco para pagar las actuales trampas.

Los progresistas están divididos, al decir de las gentes, y la *Tertulia* grandemente enojada y recelosa de los fronterizos, que cada día se muestran más pujantes y satisfechos: los *cimbrios* piden la presidencia de la Cámara para Rivero y un ministerio para Becerra: *La Nación* ataca el nombramiento del Sr. Alvareda para gobernador de Madrid, que es defendido por *La Constitución*: *El Puente de Alcolea* dice que nació en Alcolea, y *El Universal* le replica que es muy jóven para entender de ciertas cosas, pues solo tiene nueve días más que el general Izquierdo. Esta armonía solo es comparable á la de los célebres órganos de Móstoles.

Y á propósito de armonías: en el Senado ha estallado una nueva disidencia, que amenaza traer graves complicaciones. El Sr. Seoane ha sostenido la doctrina constitucional de que la potestad de hacer leyes reside en las Cortes, que el rey no tiene veto, que la sanción tan solo significa adhesión, y que las que le presenten á firmar no deben llamarse proyectos de ley, sino leyes:

el Sr. Ulloa dijo todo lo contrario, y esta cuestion, de grandísimo interés, amenaza adelantar el rompimiento.

Nuevos puntos negros de la situacion.

Segun *El Tiempo*, á un escritor y periodista llamado á declarar en la causa de la muerte del general Prim se le ha ofrecido una gran cantidad si en su declaracion comprometa á cierto duque; esta noticia, á la que apenas nos atreviamos á dar crédito, la confirma *El Tiempo*, añadiendo que tiene en su poder una carta del interesado ofreciéndose á probar cuanto deja escrito.

Otro: *El Imparcial* dice que el expediente de tabacos denunciado por el Sr. Ardanaz era ayer objeto de grandes comentarios, pues en él se ha infringido la ley con perjuicio para los intereses del Tesoro; las Córtes han nombrado una comision, compuesta de los Sres. Colmenares, Loring, Cánovas, Echegaray, Rios Rosas, Figueras y Nocedal, la cual ha nombrado ponentes á los señores Colmenares y Cánovas. *La Política* dice que el señor Moret anunció ayer la dimision á sus compañeros, que guardaron el más profundo silencio.

Otro: Por fin habló el Sr. Puig y Llagostera: su carta ha obtenido una venta fabulosa, y mayor la hubiera tenido á no ser recogida por la autoridad en Barcelona y en Madrid. Sin tiempo ni espacio, vamos á reproducir algunos de sus más importantes párrafos, aunque, como vulgarmente se dice, la tal carta no tiene desperdicio.

«Tengo en mi poder documentos raros y cartas autógrafas de algunos personajes de la situacion,* escritas desde que son tales personajes, ofreciendo una de ellas por dinero, títulos, empleos, condecoraciones, y lo que se presente; tratando otras con más ó ménos precaucion, ó desvergüenza, ágios, monopolios y negocios fraudulentos á costa del país. No hay más Dios que yo, dice una de ellas, y se hará lo que yo quiera. Y desde el Olimpo del presupuesto, ese Dios de hoy, politiquillo de ayer, conspirador de mañana, parece contestar á las dudas que en una escandalosa esta en que ha de pagar el país, se le ocurren al otro contratante.

«En mi mano están las pruebas. Tres meses he pasado en coleccionarlas. Voy á hacer una edicion fotográfica con todas ellas (siete cartas), para que en tal caso falle la conciencia pública. Venderé públicamente esos ejemplares, y erigiré despues con su producto un monumento funerario á la honra administrativa de la nacion española.»

Esperamos que la situacion actual no querrá cargar con el peso de tan graves acusaciones, y exigirá al señor Llagostera cuenta estrecha ante los tribunales, mucho más, cuanto dicho señor dice hallarse dispuesto, no solo á presentarse ante ellos, sino á fotografiar los documentos en último caso.

Por iniciativa de Prusia se reunirá en Berlin en el mes de Agosto un Congreso postal para establecer tarifas uniformes y simplificar el sistema actual para remitir grupos de dinero, paquetes, muestras, etc.; todas las

naciones aceptan el proyecto ménos Francia, cuyo ministro de Hacienda, Mr. Pouyer Quartier, piensa en aumentar las tarifas de correos.

El conflicto entre el patriarca ortodoxo de Constantinopla y el gobierno otomano acerca de la emancipacion de la Iglesia búlgara, ha terminado con la renuncia voluntaria del patriarca Gregorio: el Sínodo ha procedido á nueva eleccion, designando como jefe de la Iglesia ortodoxa al metropolitano de Demotika.

En Alemania se agita hoy la cuestion religiosa en el seno de la comunión católica; el célebre canónigo doctor Dollinger, decano de la Universidad de Munich, el defensor de la independencia de la Iglesia y el Estado, ha protestado contra la infalibilidad pontificia, que tiene á elevar al pontifice á la categoría de Dios.

El pobre Pio IX ó X ha recibido en el 25.º aniversario de su pontificado la miseria de 25 millones de pesetas, ó sean 100 millones de reales, para ir consolándose de sus tristezas y amarguras; esta es la religion de ciertas gentes: mientras que multitud de infelices madres no tienen con qué alimentar á sus hijos, el pastor de Roma, el sucesor del que nació en un miserable pesebre y murió en una infamante cruz, recibe 100 millones de reales, con los cuales podrian socorrerse un millon de familias.

Segun los últimos partes, Victor Manuel entró el día 2 en Roma, á donde le han seguido los ministros de Suecia, Portugal, Brasil, Grecia, Prusia, Baviera, Holanda y Turquía, siendo muy aplaudido en el teatro y partiendo á la noche siguiente para Florencia.

Los telegramas de Francia acerca de las elecciones dan el triunfo á 80 ó 90 republicanos de los que apoyan á Thiers; en Marsella han sido elegidos Gambetta y Laurier; tambien lo ha sido el general republicano Faidhebe.

Las diversiones abundan este verano, atrayendo numerosa concurrencia.

En el circo-teatro de Madrid, la bellissima obra *Hay-dée* proporciona grandes entradas, y muchos aplausos á la Zamacois y á Dalmau.

En *La Alhambra*, Chas de Lamotte se hace aplaudir con justicia en *La Idea de San Lorenzo*, y la simpática bailarina Marcelina Perez obtiene cada día mayores aplausos en *La Tortulia* y *La Poderosa*.

En Price, la niña Teresa atrae un público numeroso, y los chocolates matutinos atraen multitud de estómagos á los Campos Eliseos, mientras que La Rivas y Pepe García sostienen dignamente su pabellon en los Jardines del Buen Retiro.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1871.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.